



to, la del espíritu puro, al paso que el primero es el de la carne, y el segundo el del espíritu y de la carne. El falso misticismo de todas estas sectas llega á su más alto grado de entusiasmo en el famoso é inteligente *Maestro Eckhart*, que explicaba alegóricamente toda la par-

te histórica de la revelacion divina, y explanaba en ella toda su teosofía panteística (3).

(3) Cf. *Staudenmaier*, *Filosofía del Cristianismo*, t. I, p. 641.

CAPÍTULO XXV

Órdenes religiosos.—Cluny.—San Bernardo.—Los cartujos.—Premonstratenses.—Carmelitas.—Trinitarios.—Órdenes militares.—Órdenes mendicantes.—San Francisco.—Santo Domingo.

La nueva vida en que habian entrado las órdenes religiosas al concluir la época anterior, ejerció en ella una grande influencia sobre el desarrollo de la Iglesia entera. En el siglo XI el celo reformador de Gregorio VII habia reanimado en los pueblos occidentales el espíritu de penitencia: continuaron los monjes su obra, y pronto se presentaron en el mundo, ya como atrevidos predicadores ante los príncipes y los obispos, ya como mediadores de paz entre dos partidos enemigos, mostrándose en todas partes los protectores de los pobres. Fueron desde luégo los claustros el refugio del crimen arrepen- tido y el asilo de la ciencia, amiga de la soledad y del silencio. Fundábanse en ellos escuelas, cultivábanse las artes, estableciábase fábricas y talleres (1). El favor general de que gozaba la vida monástica le dió una extension

y formas tan variadas, que Inocencio III se creyó obligado á prohibir el establecimiento de nuevas órdenes, debiendo optar los que deseaban ser religiosos entre las órdenes establecidas. No se pudo impedir, á pesar de ese veto, la fundacion de muchas congregaciones, que se consagraron con una energía increíble y con éxito extraordinario á combatir contra los peligrosos herejes de esos tiempos. El secreto de su fuerza estaba en la severidad de la regla y en la santidad de los fundadores; mas por desgracia pronto se vió aparecer en ellas una especie de contradiccion entre el voto de pobreza y la posesion de las grandes riquezas que adquirieron, contradiccion que indicaba una decadencia más ó menos próxima. Una vez despertado el gusto á los goces sensuales, perdió pronto la vocacion monástica su carácter sagrado, cayendo los monjes en vicios ocultos, cuando no en públicos escándalos. La órden más célebre que hubo en la época anterior y en ésta fué la Congregacion de Cluny.

El traje de la órden era negro y muy sencillo. Mas la disciplina se relajó ya mucho bajo la direccion viciosa de un abad, de Pontico, que murió en 1122. Sin embargo, levantaron y extendieron la reputacion de ese monasterio la ciencia y las altas virtudes de Pedro el Venerable, que le gobernó desde el 1122 al 1156. Hemos ya hecho observar, que todos los establecimientos de Benedictinos reconocian por jefe supremo al abad de Cluny, que elegía á los

(1) «Uno se admira cuando lee la enumeracion de las bibliotecas de los conventos. Al fin del siglo XI un incendio devoró tres mil volúmenes en la abadia de Croyland. En 1248, la de Glastonbury contenia cuatrocientos volúmenes, entre los cuales se encontraban muchos poetas é historiadores romanos. El catálogo de Prifling es ménos rico; sin embargo se halla en él un Homero. ¿Era quizás un original ó simplemente una traduccion latina? No se dice. Por la misma época Benedictbeuren ensalzaba su Lucano, su Horacio, su Virgilio y su Salustio. Este monasterio poseia entre todo doscientos cuarenta y siete volúmenes. Bajo el abad Wolfran, el de San Miguel, cerca de Bamberg, recibió una rica coleccion de libros, entre los cuales figuran la mayor parte de los poetas latinos, sin contar muchos otros autores de la antigüedad pagana ó cristiana.» *Hurter*, t. III, p. 582.



priores de los demas conventos. Celebrábase todos los años en esta abadía una asamblea general que deliberaba sobre los más grandes intereses de la orden y promulgaba leyes. Continuaba aún esta congregacion dando pápas y obispos á la Iglesia, en cambio de lo cual recibia la proteccion de los pontífices, que aumentó mucho la influencia de la orden en toda la Francia. Pero las riquezas, que siempre iban en aumento, detuvieron súbitamente esa savia vital, y Cluny debió ceder á otros monasterios que se hicieron más dignos de la influencia de que habia gozado hasta entónces.

Descontento Roberto del letargo en que los bienes de este mundo habian hecho caer á sus benedictinos, y más aún de la tenacidad con que se oponian á sus proyectos de reforma, fundó en 1098 una nueva congregacion en el Cister, cerca de Dijon, en el obispado de Châlons-sur-Marne, para lo que tuvo que luchar el piadoso abad contra un gran cúmulo de dificultades. El Cister habia de ser enteramente contrario á Cluny: una perfecta abnegacion de sí mismo, una rígida sencillez en el culto, la sumision al poder diocesano y la exclusion de todos los negocios seculares, todo, hasta el vestido blanco, hacia más chocante el contraste. Despues de la muerte de Roberto, acaecida en 1108, recibió la orden su organizacion definitiva en la *charta charitatis* que fué dada en 1119, y confirmada por Pascual II. Durante el gobierno de tres abades consecutivos no aumentaron los habitantes de una casa tan severa; sin embargo, ya los contemporáneos creian ver en ella una viva imágen de los tiempos apostólicos, y cuando entró en ella San Bernardo en 1113 brilló el Cister entre las más ilustres congregaciones. Fundó desde luégo Bernardo en un bosque impenetrable una sucursal, que tomó el nombre de Claraval (*Clara vallis*). Tenia entónces el santo veinticinco años, y Guillermo de Champeaux le constituyó jefe de este nuevo establecimiento (1). Pertenecia el jóven abad á una no-

(1) *Bernardi*. Op. ed. Mabill. Par. 1667-90, 6 t. in fol.; Venet. 1719. 2 t. in fol. Su biografía ha sido escrita por tres contemporáneos suyos: *Guillermo*, abad de San-Thierry, *Gaufredo* y *Alain des Isles*, todos monjes de Claraval. (*Mabillon*, Acta SS. ord. S. Bened.

ble y piadosa familia de Borgoña: habia nacido en Fontaine el año de 1091, y su madre habia puesto un raro cuidado en inspirarle los más tiernos sentimientos de religion. Antes de nacerle este hijo, la habia revelado un sueño que sería un guarda fiel de la casa del Señor. Aventajó pronto el jóven Bernardo á sus compañeros en los estudios especulativos y dialécticos, distinguiéndose desde sus primeros años por una vida grave y pacífica, y por una particular inclinacion á la contemplacion, á la soledad y al silencio. Decia de sí mismo que los árboles del bosque le habian servido de maestros. Despues de una corta lucha contra las inclinaciones de su juventud, entró en el claustro del Cister con treinta compañeros. Formado por el estudio de su propia conciencia, dispuesto á realizar en sí mismo las más altas lecciones de la Iglesia, tan distinguido por sus conocimientos y su prudencia práctica como por su humildad profunda y enemiga de honores, supo vencer todo género de obstáculos y llevar á cabo todos sus proyectos con una elocuencia arrebatadora, que confirmaban á cada paso numerosos milagros (1). Bernardo fué la personificacion de su siglo. ¿Quién mejor que él supo combatir las formas tan diversas del genio fantástico que confundia los sueños de una imaginacion descabellada, ó los delirios de una razon indócil con el gran despertamiento intelectual de aquellos tiempos? Consagrado enteramente á la Iglesia y á la realizacion del bello ideal que de ella concebía,

t. I y VI), Entre los modernos véase *Neander*, S. Bernardo y su tiempo, Berl., 1813. *Ratisbonne*, Vida de San Bernardo, Par., 1843.

(1) El abate Wibald de Stavelo, hablando de esta circunstancia, dice: «Vir ille bonus, longo eremi squalore et jejuniis ac pallore confectus, et in quamdam spiritualis formae tenuitatem redactus, prius persuadet visus quam auditus. Optima ei a Deo concessa est natura, eruditio summa, exercitium ingens, pronuntiatio aperta, gestus corporis ad omnem dicendi modum accommodatus.» (*Martene et Durand*, Collectio ampliss. t. II, p. 339). Godofredo de Vendoma ensalza también la elocuencia de San Bernardo: «Nosse poterunt aliquatenus, qui ipsius legerent scripta, etsi longe minus ab eis qui verba ejus saepius audierunt. Siquidem diffusa erat gratia in labiis ejus et ignitum eloquium ejus vehementer, ut non posset ne ipsius quidem stylus, licet eximius, totam illam dulcedinem, totum retinere fervorem.»



supo atacar mejor que otro los desórdenes de sus individuos, fuesen obispos, pontífices ó reyes, y mejor que otro alguno supo prodigarles sus benéficos consejos. Gracias á él fué reconocido Inocencio II; revestido de una alta influencia Eugenio III; sancionada por una autoridad pontificia la orden de los Templarios; predicada con una fuerza irresistible una nueva cruzada, y restituidos, en fin, los herejes al seno de la Iglesia. ¡Qué de cosas por un solo hombre! Mas desgraciadamente ese poderoso representante del elemento espiritual, ese ángel de paz entre los pueblos y los reyes, no tardó en seguir al sepulcro á su amigo Eugenio III. Murió en 20 de Agosto de 1153, y en 1174 fué ya canonizado en virtud de las apremiantes súplicas de todas las naciones. [La orden del Cister conservó despues de su muerte el primer puesto entre las congregaciones religiosas. Extendióse con una maravillosa rapidez por toda Europa, porque espiraban al pié de sus muros solitarios las borrascas del mundo, y hallaban reposo y consuelo en sus tranquilas celdas una multitud de corazones lacerados. «¡Ah! exclamaba un monje del Cister, ¡cuánto más dulce sería para mí cultivar la sabiduría como simple hermano en el fondo de nuestras cabañas, que acompañar á mi amigo á las más magníficas ciudades!»

Estéban de Thiers nació en la Auvernia, de padres que le habian pedido fervorosamente á Dios por espacio de muchos años. Tuvo una educacion esmeradísima, y ántes de llegar á la pubertad acompañó ya á su padre en una peregrinacion que hizo al sepulcro de San Nicolas de Bari. Cayó enfermo á la vuelta y fué recogido en Benevento por el arzobispo Milon, que era también oriundo de Auvernia. Recibió Estéban bajo su direccion una instruccion sólida y propia para hacerle entrar en el estado eclesiástico; pero al visitar nuestro jóven un monasterio de la Calabria se sintió tan fuertemente conmovido, que apenas hubo vuelto á Francia en 1073, fundó la nueva orden de Grammont con el favor especial de Gregorio VII. «Fundad, le dijo éste, tantos monasterios como estrellas hay en el cielo; pero procurad obtener de San Benito más bendiciones espiritua-

les que temporales.» Á fin de conformarse con los deseos del pontífice, puso desde luégo por fundamento la regla de los benedictinos; pero más tarde, cuando sus religiosos fueron á preguntarle á qué orden pertenecian: «Al Evangelio, les dijo, que ha dado origen á todas las reglas. Tal debe ser vuestra respuesta. Por lo que á mí toca, no quiero que me llamen ni monje, ni canónigo, ni ermitaño; estos nombres son demasiado sagrados, demasiado apropiados á una vida perfecta, para que me atreva á usurparlos.»

La austeridad de su vida y la que exigia de los demas, le atrajeron poco á poco algunos compañeros que estableció en Muret. Murió Estéban en 1124, y no les dejó por herencia más que la pobreza y una indestructible confianza en la bondad divina. Mostráronse fieles los hijos al espíritu de su padre; abandonaron la legítima posesion de Muret, que les disputaban, sólo para evitar pleitos, y siguieron la voz del cielo que les llamaba á Grammont. Atribuyen la primera regla escrita para la orden, unos al cuarto abad Estéban de Lisiac, otros al sétimo llamado Gerardo: no hay otra que recomiende una más completa pobreza. «Jamás el hombre, dice esta regla, está más seguro del amor divino que cuando pobre; debeis, pues, conformaros rigurosamente con serlo toda vuestra vida. Ni aún los enfermos podrán comer carne. La administracion de todos los negocios temporales estará confiada á hermanos legos.» Mas precisamente contra ese escollo imprevisto se estrelló esta orden tan pacífica y honrada. Sucumbió durante el siglo XII, á causa de las audaces usurpaciones de los hermanos legos con respecto á la direccion espiritual.

El fundador de esta orden fué Bruno, presbítero de Colonia, y la fundó en 1084. Habia dirigido la escuela principal de Reims, y contaba á Urbano II entre sus discípulos. Afectóle mucho la vida mundana del arzobispo Manasés (1), que se habia aventurado á decir: «Bella cosa es el arzobispado de Reims; ¡lástima que

(1) La idea capital de la tremenda leyenda que he citado en las fuentes, forma evidentemente parte de la historia de los desórdenes que se achacan á Manasés.



»para percibir sus rentas sea preciso cantar misas!» Retiróse Bruno con algunos amigos que participaban de sus ideas á la diócesis de Grenoble, cuyo prelado le acogió con placer y suma deferencia. Habia á algunas leguas de la ciudad una soledad espantosa, llamada la Cartuja, y ésta fué la destinada á ser la cuna de una orden más rigurosa que otra alguna. Prescribía la regla un silencio perpétuo, la abstinencia de la carne y un cilicio por vestido. Comunicó, sin embargo, Bruno á sus hermanos un amor decidido á la ciencia, y además de prácticas religiosas y trabajos manuales, les impuso por deber el sacar copias de los autores antiguos y de las actas más importantes, á fin de asegurarles títulos al agradecimiento de las generaciones futuras. Á pesar de su rigidez propagóse rápidamente la orden, y se extendió hasta formar una rama colateral para las mujeres. El profundo espiritualismo que distinguía á los cartujos, les hizo adquirir una grande importancia mientras se agitó la gran cuestión de la investidura. Urbano II quiso tener junto á sí al austero Bruno; mas ese santo era poco apto para la vida activa de la corte, y ménos aún para el obispado de Reggio que quiso el papa conferirle. Encontró una nueva Cartuja en Torre de Calabria, donde murió en 1101. El espíritu del fundador, el rigor que se observó desde un principio y el amor á la contemplación se conservaron en los monasterios de su orden más intactos que en ninguna parte, y ni aún el esplendor que los rodeó más tarde pudo llegar á disminuirlos. El prior Guigo, que gobernó la primera Cartuja y murió en 1137, dejó un piadoso legado y una fresca pintura de la vida ascética en su obra titulada: *Manual de los monjes*. «Hay, dice, cuatro gradas casi inseparables para llegar al cielo; la lectura, la meditación, la oración y la contemplación. Dedicaos por de pronto á la lectura, y os conducirá á la meditación; llamad á la puerta de ésta con la oración, y os abrirá paso al dominio de la contemplación más pura. Lleva la lectura los alimentos á la boca; la meditación los rompe y masca; la oración despierta el gusto; mas el verdadero goce está en la contemplación, que renueva nuestro sér

»y nos procura la felicidad. En ciertos placeres sensuales, el alma y el cuerpo parecen confundirse; el hombre no es entonces más que materia. De una manera semejante, en el otro extremo de la línea y en la más alta contemplación, todos los movimientos é inclinaciones del cuerpo están también absorbidos y neutralizados por el alma, de manera que la carne no contradice ya al espíritu. El hombre es entonces completamente espiritual. Los hay que corren á Jerusalem; pero vosotros debéis ir más lejos, debéis llegar hasta la paciencia y la humildad. La Ciudad Santa la encontraréis acá en la tierra, pero las otras dos están más allá del mundo.»

En 1141 se tuvo por primera vez la idea de convocar en la Cartuja de Grenoble una asamblea general, que presidió el jefe de esta casa, y asistieron á ella todos los priores de los diversos monasterios que existían. Ocupáronse en hacer reglamentos para la orden entera, y en establecer en cada monasterio una rigurosa vigilancia.

Norberto de Gened nació en Santen, en el ducado de Cleves. Capellan en un principio de Enrique V, y luego canónigo de Colonia, tenía una gran fortuna y podía aspirar por su posición á todos los honores eclesiásticos. Pero mientras se mecía en sus mundanas ilusiones y brillantes esperanzas, cayó un día el rayo á sus piés, y este aviso del cielo le manifestó la miseria de las cosas humanas. No habiendo podido hacer entrar en sus ideas de reforma á los canónigos de algunas catedrales, distribuyó sus bienes á los pobres, y se puso á predicar la penitencia en Francia y Alemania. Los esquilonos de los pastores le servían para reunir en torno suyo á los oyentes. Su elocuencia grave, y varonil producía una impresión profunda, tanto, que á su voz suspendían las hostilidades y se abrazaban caballeros armados de todas armas. Todos se disputaban el honor de recibir al hombre de la paz. En 1119 recibió autorización de Calixto II para fundar una orden, y al año siguiente realizó Norberto sus proyectos en un valle muy insalubre, situado cerca de Reims en el interior del bosque de Coucy, conocido con el nombre de Premontré. Las constituciones de



los Agustinos sirvieron de base á la regla de los canónigos reformados, que quedaron sujetos á los rigurosos deberes de monjes (1).

Confirmó Honorio II esta organización. Aunque Norberto procuró con el mayor celo la prosperidad de su orden, estaba tan lejos de preferirle á ningun otro género de vida, que rechazó las proposiciones del piadoso Teobaldo, conde de Champaña, que quiso unirse á él con todas sus riquezas: «Léjos de mí, exclamó, la idea de querer destruir la obra de Dios; vuestra conducta destruiría el bien que haceis como príncipe.»

Cuando el santo canónigo fué á predicar á la dieta de Spira en 1126, se le eligió arzobispo de Magdeburgo. Su resistencia fué tenaz; cuando entró en su ciudad episcopal, llevaba vestidos tan pobres que contrastaban de una manera singular con la pompa de su comitiva. Su rigor, sin embargo, fué no ménos odioso al clero que al pueblo, y debió, al fin, escapar. Habia hecho un viaje á Italia, de la cual era canceller cuando murió en 1134. Su muerte fué muy sentida, y le concilió todos los corazones. Nadie se atrevió á disputar á Premontré las santas reliquias de su cuerpo.

Esta orden debió su origen al cruzado Bertoldo de Calabria, que en 1156 construyó para él y su compañero en las alturas del Carmelo, no lejos de la caverna en que se retiró el profeta Elías, algunas cabañas que pronto se convirtieron en monasterio. Como habia muchos siglos que habitaban solitarios en esta montaña para perpetuar en ella la memoria de Elías y de Eliseo (2), los carmelitas se creyeron autorizados para reconocer por su fundador al mismo profeta (3). Accediendo á la súplica de su segundo abad, el patriarca de Jerusalem, Alber-

(1) Se suscitó una disputa entre los monjes y los canónigos para saber cuáles eran superiores á los otros. Respecto á los últimos, véase Lamb. abb. S. Rufi, ep. ad Ogerium (*Martene*, Thesaur. t. I, p. 329 sq.), y en lo concerniente á los primeros, *Abaelardi* ep. III; *Ruperti Tuit.* sup. quaed. capitula reg. Ben. (Op. t. II, p. 965).

(2) III Reg. XVIII, 19 sq.; IV Reg. II, 25; IV, 25.

(3) Papebrockio en algunos de sus tratados ha hecho ver las cosas en su verdadero punto de vista (*los Bolland.* mens. Apr. t. I, p. 774 sig.).

to, les impuso en 1209 una regla severa: la pobreza absoluta, la reclusion en celdas aisladas, la abstinencia de toda suerte de carne, etc., y Honorio III la confirmó en 1224. Las conquistas de los sarracenos hicieron perder á los carmelitas su monasterio y la vida de anacoretas. Entonces Inocencio IV les dió nuevas posesiones en Occidente y el título de *Frailes de Nuestra Señora del monte Carmelo*. Segun una piadosa leyenda, el sexto general de la orden, Simon Stock, recibió de la misma Virgen el vestido ó escapulario (*scapulare*), con la promesa de que el que muriese vestido con él no correría riesgo de ser condenado eternamente (1). Luego despues, los carmelitas fueron comprendidos en las órdenes mendicantes (1245); y cuando Eugenio IV suavizó y desarrolló su regla, fueron divididos en *conventuales* ó *calzados*, *observantes* ó *descalzados*. Con el tiempo se reunieron á su orden muchas cofradías del Escapulario, cuyo inmediato objeto era honrar á la santa Virgen de una manera especial, y dedicarse á obras piadosas.

Puede asemejarse á los carmelitas la orden de Fontevrault, que se dedicó de una manera tan especial al culto de la Reina del cielo (2), y que fué fundada en 1091 por Roberto d'Arbrissel, catedrático que habia sido de teología en París, y coadjutor del obispo de Rennes (1085); funciones en que habia desplegado la mayor energía por la reforma eclesiástica. Despues de la muerte del obispo, desesperando Roberto de conseguir que los canónigos se enmendasen, se dedicó de nuevo y momentáneamente á la enseñanza de Angers; mas luego la abandonó para dedicarse á una vida de penitencia y abnegación en el bosque salvaje de Craon. Su único alimento eran raíces y hierbas, y la tierra era su cama. Presentáronse en la ermita algunos que deseaban participar de su vida, y se vió precisado á hacer tres divisiones de frailes, que distribuyó en los bosques vecinos. Él mismo construyó un monasterio en Craon, en me-

(1) *Launol.* Diss. V. de Simon. Stockii viso, de Sabbathinae ballae privill. et Scapularis Carmelitar. sodalitate. (Opp. t. II, P. II.)

(2) *Mabilion.* Ann. t. V, p. 314 sq. *Bolland.* Acta SS. mens. Febr. t. III, p. 593 sq. Cf. *Elyot*, t. VI.